

Palabras de la Excelentísima Sra. Dña. Adela Cortina Orts

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, ENTRE *EL PRÍNCIPE* Y *UTOPIA*

Leer atentamente los discursos de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas es sin duda una excelente inversión de tiempo y una forma de conocer un tanto a sus autores. Tengo que confesar, en este orden de cosas, que me sorprendió el hecho de que Sabino Fernández Campo dedicara su discurso a una relectura de *El Príncipe*. Como tantos españoles que hemos vivido las últimas décadas de la historia de España y estamos profundamente agradecidos al buen hacer del Conde de Latores en el campo político, nunca le creí admirador de Maquiavelo, menos aun maquiavélico en el sentido usual del término, y leí el discurso por tratar de entender.

Se sentía el nuevo académico, como Maquiavelo, al final de una era y al comienzo de otra, en esa transición nuestra, tan apreciada por propios y sobre todo por extraños, que no fue sólo política, sino también en muy buena medida social. La sociedad española quería cambiar a un mundo abierto y pluralista, y ante todo quería paz, acabar con los sectarismos de uno y otro signo que no llevan sino al sufrimiento. Es ése tal vez un tiempo especialmente propicio para que los príncipes y sus consejeros aprovechen su *virtù* y la suerte puntual que trae la rueda de la fortuna. La fortuna no está en nuestras manos, pero sí la *virtù*, la fuerza interior y el talento para cogerla por los cabellos y aprovechar el momento para bien.

Cómo no pensar en ello a cuento del 23 F, ese día del que Sabino Fernández Campo prefería no hablar, del que decía saber lo justo, pero del que confiaba en acabar entendiendo algo —añadía con su ironía proverbial— si seguían dando en televisión

reportajes y películas sobre lo que ocurrió en aquellas horas. ¡Qué suerte para los pueblos contar con asesores de príncipes de tal calibre y qué desgracia lo contrario!

Claro que la obra de Maquiavelo presenta siempre la duda desde el punto de vista de la interpretación ética, y Sabino Fernández Campo la plantea sin más: ¿quería Maquiavelo a fin de cuentas conseguir un empleo dando a los Médicis los consejos que deseaban oír?, ¿creía en la perversidad insuperable de los hombres y proponía por eso la célebre moral del pragmatismo en estado puro, siempre que lleve al bien de la patria?, ¿o el pequeño tratado era sin más una sátira sutil, una crítica, el intento de ridiculizar la actividad política de todos los tiempos?

La clase de pensamiento que se escribe responde a la clase de hombre que se es, y la lectura del entonces recién ingresado académico no es ninguna de las tres mencionadas, sino la de situarse, como creo que hizo a lo largo de su vida, entre *El Príncipe* y *Utopía*, entre el pragmatismo por bien del Estado y la tensión constante por un mundo más digno. “Ahora me doy cuenta —termina reconociendo en las últimas páginas del discurso— de que he acabado por establecer unas aspiraciones que tienen mucha más relación con *La Utopía* de Tomás Moro”. Pero no con la utopía perfecta en la que soñó Moro, porque lo inaccesible, lo que no tiene lugar, sólo causa decepción y desánimo, sino las utopías fragmentarias, las realistas, las que intentan descubrir en puntos concretos qué importa y urge mejorar, porque no está a la altura de lo que merecen los países y los seres humanos.

Se trata, a fin de cuentas, de unir sabiamente las dos máximas evangélicas que Kant brindaba en *La paz perpetua* al político que quisiera comportarse éticamente: sed astutos —o prudentes— como las serpientes, sed bienintencionados como las palomas.

Por esa figura del político ético, que tan bien supo encarnar Sabino Fernández Campo, como consejero de príncipes y como protagonista de primera línea en la historia española, es por lo que un gran número de españoles, entre los que me cuento sin duda alguna, le admirábamos y le admiramos profundamente y seguimos apreciándole de todo corazón. Con figuras de tal valía gana en felicidad y grandeza la vida de los pueblos.

Quisiera poner fin a estas palabras con una anécdota que recuerdo con especial cariño. Desde mi ingreso en la Academia, Sabino Fernández Campo, como Presidente, empezaba las sesiones con las palabras: “Sra. Académica y Sres. Académicos”. Lo decía con esa sonrisa entre tierna e irónica, entre asombrada y divertida que le caracterizaba, ante la palmaria desproporción entre mujer y varones, en aquella inmensa sala de paredes recubiertas de libros. Alguna parte tendría en esta especial mención M.^a Teresa Álvarez, personalista —en la versión mujer— de corazón y de militancia. Alguna parte tendría el buen sentido de Sabino Fernández Campo, que tan fecundo ha sido para dar un mejor sesgo a la historia de España.